

CUENTOS DE BOLSILLO

## Las supersticiones como modelo para entender el poder de la ficción



“El deseo por imágenes, el deseo por narrativas, el deseo por drama... al final del día es la cosa más fuerte. No hay esperanza de crear jamás una sociedad racional. Nunca la habrá.”

Francesco Clemente

Si te cortas el pelo no lo botes donde pega el sol o te dolerá la cabeza. Jamás regales a un amigo unas tijeras o un cuchillo o cortarás la amistad. Mejor echa el cuchillo en una cazuela mientras llueve. Cortarás la tempestad.

La superstición vive parada con un pie en el miedo y otro pie en la esperanza. La raíz de ese miedo es la angustia de no poder controlar la predictibilidad de la muerte y la impredecibilidad de la desgracia. Para aminorar esa sensación angustiosa la gente usa tranca-palancas espirituales que aquí llamaremos supersticiones. Algunos estudios sugieren que el pensamiento mágico o supersticioso crece en un modo inversamente proporcional a la seguridad de una sociedad. Mientras más inseguro se siente el ciudadano, más necesidad tiene de conjurar el miedo con símbolos. Esa es al menos la esperanza que anima estas prácticas.

Las supersticiones son pequeñas unidades narrativas modeladas tras una idea sencilla: imita lo que deseas, no imites lo que temes. De este modo nos invitan a ensayar metafóricamente lo que queremos atraer a nuestra realidad y nos prohíben actuar, incluso vía metáforas, lo que no quisiésemos experimentar a nivel literal. La superstición como pivote entre el miedo y la esperanza ofrece modelos del mundo que podemos controlar aunque no podamos controlar al mundo, y subsiste a través de estrategias para la evasión de desgracias y el deseo de fortuna dentro de lo que se ha dado en llamar tradicionalmente “magia simpática”, es decir, un sistema de simetrías entre los hechos de la realidad y los símbolos que los representan: igual cura igual. Si te da el sol en la cabeza te sobreviene una jaqueca. Por lo tanto, si a tu pelo aún después de cortado le da el sol del mediodía, la cabeza te dolerá. Los cuchillos cortan pan, amistades o tempestades porque su filo corta tanto literal como metafóricamente. Guardar los zapatos en sus cajas atrae a la muerte. ¿La razón? El zapato es metonimia de la persona y la caja de cartón, metáfora del féretro. Guardar un pedazo de uno mismo en un ataúd simbólico le daría “ideas” a la muerte, que podría encariñarse con nosotros. La misma lógica aplica a la superstición correspondiente a dormir en la tierra desnuda: la tierra podría engolosinarse con uno y reclamarlo para “el hoyo”; o a vestir todo el tiempo de negro: la muerte creará que estamos de luto y vendrá a buscar a un difunto. En otras palabras, la conseja popular dicta que nada que imite a los procesos funerarios es sano. Otra superstición igual de vieja, y que en principio resulta incomprensible, es la que dice que posar el sombrero sobre la cama atrae a la enfermedad. En la época de los médicos a domicilio era natural para el doctor posar su sombrero en la cama del paciente mientras efectuaba la consulta. Aquí de nuevo el sombrero toma la forma de la parte por el todo y la superstición le hace ingeniería reversa al hecho literal: si al enfermarnos viene el doctor y posa su sombrero en la cama, al posar un sombrero en la cama nos enfermaremos. Tal como sucede con remedar a un difunto, imitar la enfermedad no es prudente. Otras supersticiones tienen un carácter más práctico, haciendo memorable peligros sencillos: caminar bajo una escalera es de mala suerte, nos podría caer encima una brocha o un albañil. Sucintas, simples, fáciles de transmitir y llevar, a veces estas pequeñas narraciones pueden ampliarse en historias más complejas si la incredulidad del oyente obliga al narrador

a ofrecer ejemplos de su veracidad mediante una anécdota.

Si bien no hay razones causales para suponer que todos estos pequeños subterfugios puedan afectar la realidad, su efecto real es el de operar un impacto en nuestras emociones. Elaborar pequeños rituales de carácter metafórico desbloquea nuestra angustia y reduce los niveles de estrés. Las supersticiones son ilusiones irresistibles que operan en la mente a nivel inconsciente. La superstición no puede afectar la realidad pero nos afecta a nosotros en un modo que hará florecer nuestra seguridad o nuestras inseguridades según sea el caso. Todo, de vez en cuando, necesitamos tomar prestada la pluma de Dumbo. Si cualquiera de las supersticiones descritas al inicio de este texto les parecen risibles, piensen en una de las supersticiones más poderosas del mundo contemporáneo: la moda. La moda es una superstición que transforma las prendas de vestir en talismanes por el simple efecto de llevar impresa o cosida una marca. La moda es una superstición elusiva porque semeja a las rémoras que viajan adheridas a otros peces mayores y se oculta tras la necesidad real de adecuar nuestra vestimenta al clima, lo que torna el cambio cíclico de guardarropa en una obligación. Sin embargo, el *fashion* no opera sobre un cambio funcional sino sobre elementos estéticos: cuando los gurús de la moda declaran que este invierno el fucsia está “out”, dicho pronunciamiento, acatado con devoción por quienes siguen la moda, no tiene injerencia alguna en la habilidad de las prendas para lidiar con los cambios meteorológicos. Nada es más calliente por ser menos rosado. Como no hay otra razón más que psicológica para suponer que se camina mejor con unos zapatos de Manolo Blahnik, o que quien viste Armani merece más respeto que quien se viste de The Gap. Sin embargo, esas etiquetas operan un efecto psicológico y emocional devastador en nosotros. Una etiqueta con el “Aché”, la fuerza, de un diseñador reputado aumenta el valor monetario de un objeto inerte y le confiere propiedades que se reflejan en el aplomo de quien las viste.

La neurología y las ciencias cognitivas nos brindan hoy en día suficiente información sobre el modo en que se produce la cognición para sospechar que estos ensayos metafóricos tienen tanta habilidad de afectar al cerebro humano como cualquier evento emanado de la realidad. Hoy en día se habla de las neuronas espejo, que disparan en el cerebro las mismas conexiones sea que ejecutemos una acción o que veamos a otro ejecutarla. V. S. Ramachandran,

el Mozart de la neurología, llama a esas neuronas "neuronas Gandhi", porque éstas no saben dónde termina el individuo y dónde empieza en prójimo. Otros estudios sugieren que no es siquiera necesario observar una acción para excitar el fuego sináptico, y con sólo leer sobre algo el cerebro reacciona como si en verdad estuviésemos experimentando dicho evento. Considerar la palabra "cuerda", por ejemplo, excita las áreas del cerebro relacionadas con asir o aprehender. De este modo, toda superstición sería un ensayo cognitivo en tanto que excitaría al cerebro como si fuese un hecho real. Pero por más tentador que me resulte especular acerca de si tales ensayos tienen la facultad de afectar el modo en que se producen las conexiones sinápticas, o en otras palabras, de reconfigurar el cerebro, lo que me interesa notar aquí es que la superstición transforma al hombre común en narrador de ficción, y que esto permite ver en las supersticiones un ejemplo perfecto de cómo la ficción tiene, en toda su elaboración estética, una finalidad ligada a la supervivencia.

En su libro, *Sobre el origen de las historias*, Brian Boyd sugiere que la narrativa comenzó con el grito de alerta de los animales. Prevenir a los miembros de la propia especie sobre la presencia de depredadores o la abundancia de alimento es fundamental para comer o evitar ser comido. Con la emergencia del nuestro lenguaje oral esos gritos fueron haciéndose cada vez más complejos: "por allá hay comida", "no le prestes real a fulano", "el índice Dow Jones bajó dos puntos". Pero he aquí que eventualmente la complejidad del cerebro humano le permitió al hombre pensar no sólo en el presente inmediato, sino recordar el pasado y proyectarse en el futuro. Es decir, elaborar narrativas relativas a distintos niveles temporales, en paralelo. Este desarrollo fue crucial para nuestra supervivencia. Si el hombre puede sentir angustia por la inmanencia de la muerte y lo impredecible de la desgracia, también puede imaginarse a sí mismo trascendiéndolas a ambas. Ese es el origen de la magia y sus dos hijas gemelas: el arte y la religión. Nuestra necesidad por historias emergió con el desarrollo del neocórtex en el cerebro humano pues éste le dio al hombre la capacidad de imaginarse una zanahoria al final de una vara también imaginaria, para contarse un cuento y avanzar guiado no por lo que la realidad es, sino por lo que él imagina que puede ser la realidad. Así, entre las "zanahorias cognitivas", esa que llamamos ficción tiene como fin precisamente sacar al cerebro de sus patrones naturales, crear nuevas conexiones sinápticas,

y ofrecer modelos alternativos acerca de cómo encarar la realidad.

Algunos experimentos recientes sugieren que la ficción es una suerte de simulador de vuelo en el que practicamos nuestras habilidades sociales. Al leer ficción el cerebro desarrolla una simulación mental de los eventos descritos en la página. De este modo, leer ficción ayudaría, entre otras cosas, a explorar soluciones alternativas a nuestros problemas sin tener que llevarlos a cabo, y a desarrollar la empatía en un modo en que la no-ficción resulta ineficiente. Cualquier cuento de ficción es un curso intensivo en psicología humana que tomamos sin darnos cuenta, con tan sólo ponernos en lugar de sus personajes. En un experimento, se propuso a un grupo de lectores que leyesen "La Dama del perrito", de Chéjov, mientras que a otro grupo se le dio a leer un parte policial dando cuenta del caso de Anna Serguéyevna y Dmitri Dmitrievich. Los expertos monitorearon la respuesta neurológica de ambos grupos y se encontraron con que la historia contada como un evento real de las páginas rojas no tenía la misma capacidad de afectar al lector que la versión original. De hecho, el efecto emocional del cuento era mucho más duradero y permanente que el efecto generado por el parte pretendidamente no ficticio. En el año 2001 unos científicos decidieron responder con otro experimento a una pregunta que había quedado pendiente desde mediados del siglo XX: ¿por qué el cerebro de un conejo desarrolla el mismo ritmo en estado de pánico que durante el sueño? Para responderla, se dedicaron a monitorear el cerebro de un grupo de ratas mientras estas atravesaban laberintos, y descubrieron que así como cada laberinto crea un patrón sináptico específico en el cerebro de la rata, el mismo patrón podía observarse en al menos la mitad de las ratas mientras éstas dormían. Es decir, el cerebro de los animales replica en el sueño el patrón que les angustia en la vigilia para "soñar la solución" al problema de cómo salirse del laberinto. Ese es un ejemplo natural de la capacidad del cerebro para hacer ensayos cognitivos, para jugar con ritmos y patrones y crear soluciones hipotéticas a escenarios reales. El cerebro no discierne la diferencia entre ficción y realidad, y tan pronto como recibe ciertos estímulos genera una respuesta ideo-motora. Eso emparenta a la ficción con los estados oníricos en tanto que todo cuento es un sueño postizo. Esta idea también nos trae de vuelta a la superstición, cuando comprendemos que con un cuento se hace mal o se hace bien. Es decir, una historia puede afectar la mente huma-

na con resultados, tanto positivos como negativos, dependiendo tanto del estado emocional del oyente como de la intención y la pericia del narrador.

Una buena historia consiste en un mensaje simple y útil, aplicable a la existencia humana, contenido en formas memorables. Las supersticiones, con sus diablos, sus muertos, sus pollos sin cabeza corriendo a la luz de la luna y sus hombres tornados en peces en Viernes Santo, se visten de una imaginería sumamente atractiva para transmitir consejos populares destinados a hacer la vida más llevadera. Esto las hace modelos perfectos para saber a qué aspirar cuando se escribe un cuento. Sería interesante explorar la relación que existe entre el diseño de las supersticiones y las emociones morales, tan populares para la psicología cognitiva actual, porque la narrativa de las supersticiones insufla en quienes las escuchan una comprensión emotiva del bien y del mal fundamentada en los tabúes de la sociedad que las genera. Así, tal como las supersticiones recogen el miedo de los pueblos, también sugieren coraje a la hora de combatirlos: si te dejan un “trabajo” en la puerta, orínale encima. Si alguien te mira con malos ojos, míralo de vuelta y escupe el suelo. Orinar o escupir son de nuevo metáforas, esta vez de demarcación de territorio, superioridad o desprecio, mensajes que enviamos al cerebro sobre la inferioridad de quien nos agrede. Si se piensa bien, orinarse en las metáforas de otro ha de ser sin duda el modo más rudo de crítica literaria.

Nueva York, 2009

---

BOYD, Brian (2009). *On the Origin of Stories: Evolution, Cognition, and Fiction*. Harvard University Press.

---

WASHINGTON UNIVERSITY IN ST. LOUIS (2009). *Readers Build Vivid Mental Simulations Of Narrative Situations*. Science-Daily.

---

SPEER, Nicole; ZACKS, Jeffrey; REYNOLDS, Jeremy (2007). *Human brain activity time-locked to narrative event boundaries*. Psychological Science, 18, 449-455.

---

OATLEY, R.A., Omar; HIRSH K.; DE LA PAZ, J.; PETERSON, J.B (2006). *Bookworms versus nerds: Exposure to fiction versus non-fiction, divergent associations with social ability, and the simulation of fictional social worlds*. Journal of Research in Personality, 40, 694-712.

---

OATLEY, K (1999). *Why fiction may be twice as true as fact: Fiction as cognitive and emotional simulation*. Review of General Psychology, 3, 101-117.

---

CABRERA, LYDIA (1987). *Supersticiones y buenos consejos*. Editorial Universal.

---